de sus esfuerzos y del perjuicio causado á sus sentidos, pregúntanle adrede, en los exámenes una cosa de útil enseñanza, pero de las más triviales y aguardan la respuesta. Él vacila, tarda en responder, y por fin, ó se declara vencido ó da como respuesta una tremenda confusión, cosas de otra lección. Lo que él aprendió, pasado algún tiempo, se le fué, porque no hizo raciocinios, deducciones que le condujesen á concordar con las teorías expuestas en los compendios.

Considerando á los niños como representantes de una humanidad nueva, no queremos que se consientan las iniquidades que se practican en la vieja escuela. Enseñémosles á pensar, para que el futuro hombre no sea un ser estúpido, impotente en la áspera y pedregosa senda de la vida.

Rásguense los rancios pergaminos que conservan vigentes esos prejuicios que avasallan el cerebro de los niños, y déseles una enseñanza sólida y racional para que en la Tierra se respire en breve una atmósfera de paz y de amor». Hasta aquí lo que dice el periódico portugués.

El examen como medio coercitivo obliga á estudiar, pero á estudiar mal porque esas intuiciones que entran en tropel en la mente no pueden convertirse en conceptos claros, científicos y educativos que puedan servir al alumno para dirigirse en la vida y para ampliar sus ideas científicas. En las escuelas antiguas se decía: *Non valet studere, sed studisse. No vale estudiar sino haber estudiado.* Hasta los viejos comprendían la inutilidad científica y educativa del estudio precipitado para el examen. Esos conocimientos preparados adrede para el examen, á la carrera, sin ningún orden, no pueden servir para otra cosa más que para ocasionar en los estudiantes, permítaseme la vulgaridad de la expresión, un verdadero *empacho intelectual.*

La existencia del examen presupone la falta de confianza en el profesor para enseñar y la ausencia de aplicación en el alumno para el estudio. Un profesor que tenga conciencia de su deber y cariño por su cátedra debe rechazar el examen. Un alumno que practique el estudio por el estudio mismo debe también repudiar ese acto de compulsión. De ahí resulta que el examen constituye ya en la escuela el primer escalón ó la primera grada de la inmoralidad. Desde los bancos de la escuela se empieza ya á predicarles principios morales á los alumnos con una sanción correspondiente, con su fuerza coercitiva por detrás.

Anteriormente, con la cita de autoridades connotadas, dejamos demostrado que el examen como medio coercitivo es inmoral, y que constituye en sí un castigo. Ahora bien. La autoridad del profesor, según Guyau, se compone de tres elementos: 1º la afección y el respeto moral; 2º el hábito de sumisión, hábito nacido en el ejercicio mismo, y 3º el temor. Todos estos elementos constituyen la autoridad, pero entre ellos debe predominar el de la afección. Esto obedece á una ley natural. El castigo es una violencia y el empleo de la violencia está fundado sobre una irreflexiva é irrespetuosa interpretación de la naturaleza humana. El profesor que necesita exámenes como medio coercitivo, es porque no ha podido infundir afectos, porque no ha logrado despertar en sus alumnos el amor al estudio por el estudio mismo. El afecto hace inútil la autoridad dura, el castigo. El niño amante obedece por no disgustar á sus padres. El que tiene necesidad de castigos es un niño falto de afecto y de cariño. El discípulo amante estudia por no disgustar á su maestro. Es la gran verdad y el mejor postulado pedagógico. Scheilemacher sentó ya este principio: «La única educación que vale es la que se funda en el amor».

Las ideas capitales de Erasmo, filósofo holandés, se refundían en las siguientes: enseñar á los niños divirtiéndoles; prescindiendo de las disciplinas y los sangrientos azotes; abolir, pues, el axioma de que la letra con sangre entra; sustituir la violencia por la persuación y la distracción; excluir